

# Un hombre

Diego Sobrevilla Moncayo



## Capítulo 1

Anoche soñé con un hombre. Era de una estatura no más alta que la mía. Con una voz tan clara y grave, que cualquier sonido que su boca emitía resonaba la caja de Pandora que vive de mis recuerdos, que recuerdo vagos por ahora, que es muy temprano para recuperar el control.

¿Que qué me dijo? Vayamos a saber. Vaya yo a saber. Que me urge, que hay necesidad de esto, de quitarme esta intriga, a la que me entrego aprisa con mayor curiosidad por disipar esos humos que ocultan el tumulto de letras, signos que me apresto a descifrar.

Tan pronto como pueda liberar mi cuerpo, podré cumplir con mi promesa y continuar con ahínco, someter estas pasiones que disfrutaban jalar de mi gatillo, y matarlas muy gustoso, de una vez por todas, por haberme sometido rompiendo cualquier tregua y despertar de su descanso a quien belicoso zarpa jornadas completas. Sólo por una noche.

Justo en el ocaso de un año, que recibí con un abrazo y contestó con un flechazo en mi centro, entre dos hemisferios en la línea de la sien, me he visto obligado a contraer con desencanto nupcias con un futuro que no parece muy alentador.

Tan dispuesto estaba de besar a la novia de esta triste y dilatada boda, que sabiendo esto las nubes apresuraron su paso y nublaron el cielo, para momentos después despedirnos de un festín de comida amarga que agradezco no haber tenido que probar. Mientras tanto, sin causar tanto alboroto, me escabullí de esta tortura china, imaginando que a lo lejos había alguien que me hacía señas, pero en este caso particular, para verlo tenía que parpadear. Y tenía que hacerlo muy lento.

Llovía a nuestro alrededor, justo como hoy se cristaliza el campo que veo, remojándose los jilgueros que saltan y vuelan, saltan y vuelan refugiándose de un aguacero que parece que alguien nos riega con cántaros.

Hace mucho tiempo que no llueve así como ahorita. Precipitan del cielo, cayendo sin cese, y las lluvias duran días, y refrescan las mañanas alterando reumas, transportando miasmas que se ve que vienen desde allá arriba. Y yo sigo hablando.

Vuelan y saltan, vuelan y saltan.

Conversaba con un hombre que estaba viendo a los jilgueros. Y me dijo que no me preocupase, que los miedos son pasajeros. Que cuando lleguen las tormentas nunca guarde sus aguas, porque riegan más agua que la que puede cargar un hombre y, a menos que quiera ser cuerpo de un

hombre nada más, sólo desvíe su efluvio a los surcos que nutran el huerto de las virtudes.

Comenzaron a verse los destellos, asomándose detrás de las colinas, que acompañan a un viento tenebroso que sopla y no se detiene, arreciando sobre el verde al que sepulta bajo un marco gris.

Después se escuchó el trueno, e inmediatamente cada mundo en mi cabeza comenzó con su faena.

Procuré inquirir en sus intenciones, sin embargo, lo único que dijo fue que no era momento de saber, que no me mojase de más, que correr rápido no le conviene a quien aún no aprende a caminar.

Insistí dos veces más, sin respuesta, entonces crucé el zaguán, siguiendo unas huellas que trazaban el camino. Había alguien más ahí.

Protegido por la teja, el silencio hacía eco de mis dudas, agravando mi angustia.

-No seas tan exigente- replicó.

-Tampoco esperaba una respuesta tan pronto- contesté.

-Hay cosas que no entiendes.

-¿Y qué son esas cosas, entonces?

-Un día lo sabrás. Yo no te lo puedo demostrar.

-¿Será cuando tengas las putas míseras ganas de demostrarlo? Porque puedo comenzar a esperar, basta sólo con decirlo.

-No, ya has esperado suficiente tiempo.

-Eso es de lo que estoy hablando.

-Lo siento, lo siento mucho—suspiró, colocando su mano en mi hombro.

-¿Más vale tarde que nunca, verdad?

Pronto hubo un vacío y me sentí ligero, era mucho más pequeño, y al voltear, por brazos tenía alas y por piel, plumas. Sorprendido salté una vez. Salte de nuevo, y pronto comencé a volar. Estaba emocionado, y sorprendido de que todo lucía diminuto. El follaje no era más que un puñado de tierra que podría tomar con una mano. El viento hacía de mi cuerpo un proyectil y en el mismo me suspendí, impulsado junto a otras

ánimas que, como yo, mantenían su vuelo.

-Todo esto es tuyo.

Volé hasta el cansancio, visitando el lugar del que partí y allí estábamos los dos, conversando uno al lado del otro, cuando la precipitación, siendo más violenta me obligó a un aterrizaje accidentado.

Recuperé la conciencia, siendo mi propio espectador, sin ver a un punto fijo, manteniendo una conversación solo y con mis ropas doblando mi peso de tanta agua que absorbieron. Es entonces, y sólo entonces, que reparé en que tenía frío.

A pesar del embrollo que me hace despertar cayendo de la cama, hoy es más que frecuente que mi mente despierte antes que mi cuerpo, y toda fuerza por moverlo se resuelva de un impulso no medido que me tire de mi lecho, y continúo sin saber de quién son los pasos en el zaguán. Caí dos veces por pisar sobre las huellas queriendo evitar un paso en falso y envuelto en ira, maldije con coraje: esta lluvia ahoga los sueños que enérgicamente busco desfibrilar. A pesar de todo esfuerzo, es mucho para un hombre y cedo ante el torrente sólo por hoy.

Así, con más preguntas que respuestas, desfilo hacia el campo, volviendo sobre mis pasos en el lodazal, sólo para encontrar un cuerpo que conozco y que no me reconoce.